

LORIS ZANATTA
CECILIA DENOT
LEONARDO D'ESPÓSITO
GABRIELA SALDAÑA
GUSTAVO NORIEGA (COORD.)
QUINTÍN
ANDREA CALAMARI

Manual de autodefensa intelectual



libros del
Zorzal



Índice

Introducción	9
El populismo, una ideología de lugares comunes. LORIS ZANATTA.....	13
Antisemitismo: esa mala costumbre de culpar de todo a los judíos. CECILIA DENOT	41
Paraíso Caja Negra. Cuba y el respeto religioso por las dictaduras. LEONARDO D'ESPÓSITO.....	73
La apropiación de causas: peronistas somos todos. GABRIELA SALDAÑA	101
La gran estafa. GUSTAVO NORIEGA.....	137
El comunismo no existe. QUINTÍN	165
Sin plural para el feminismo. ANDREA CALAMARI ...	199

Introducción

“Cuando estés estudiando cualquier tema, pregúntate a ti mismo cuáles son los hechos y cuál es la verdad que los hechos revelan. Nunca te dejes desviar por lo que deseas creer o por lo que crees que te traería beneficio si así fuera creído”.

BERTRAND RUSSELL

El 7 de enero de 2015, dos hombres con Kalashnikov entraron a las oficinas de *Charlie Hebdo* en pleno centro de París y acribillaron a casi toda la redacción de la revista satírica al grito de “¡Vengamos a Alá!”, en represalia por la caricatura de Mahoma, el fundador del islam, publicada en 2006. Vale la pena recorrer los sucesos que tienen al atentado terrorista como desenlace.

El 30 de septiembre de 2005, el periódico danés *Jyllands-Posten* publicó doce caricaturas satíricas en torno a la figura de Mahoma. Los dibujos acompañaban un artículo sobre autocensura y libertad de expresión por miedo a represalias de musulmanes extremistas, dado que, según las creencias islámicas, está prohibido representar la figura del profeta. Sus caricaturistas se vieron obligados a esconderse, debido a amenazas de muerte llegadas al periódico, y este debió reforzar sus medidas de seguridad. Además, como consecuencia de las publicaciones, miles de manifestantes incendiaron la Embajada de Dinamarca en Siria y el Consulado danés en Beirut.

En Francia, en solidaridad con el periódico danés, las doce caricaturas fueron posteriormente publicadas por

France Soir, junto con una reflexión en torno al derecho a blasfemar. El periodista de *France Soir* que firmó la nota fue despedido al día siguiente, lo que provocó indignación en toda la prensa francesa. Tal como cuenta Philippe Val —director de *Charlie Hebdo* en aquel momento— en su libro *C’était Charlie*, rápidamente se reunieron los principales directores de diarios franceses y acordaron que todos publicarían caricaturas de Mahoma, como manera de solidarizarse con el periodista despedido y recordarle a su público que en Francia la libertad de expresión es un valor ineludible. Pero a medida que pasó el tiempo las redacciones fueron cambiando su postura... Salvo la de *Charlie Hebdo*, que el 8 de febrero de 2006 publicó todas las caricaturas danesas y un dibujo de Cabu en primera plana con Mahoma diciendo: “¡Qué difícil es ser amado por idiotas!”.

Los hechos que acabo de enumerar alcanzan para afirmar que, si todos los diarios franceses hubieran honrado el compromiso inicial de publicar una caricatura de Mahoma, habría sido muy improbable que el atentado del 7 de enero de 2015 tuviese lugar, sencillamente porque no habría existido un blanco. *Charlie Hebdo* fue el objetivo del terrorismo porque fue el único medio que dio el paso hacia delante. En conclusión: la redacción de *Charlie Hebdo* no fue acrobillada por haber publicado una caricatura de Mahoma en su portada, sino porque todos los demás diarios no lo hicieron.

Y aquí es donde surge el tema de este libro, *Los lugares comunes*. En el caso de *Charlie Hebdo*, los que se acomodaron lo hicieron en nombre de justificaciones como “no hay que echar leña al fuego”, “no es momento para burlarse”, “la libertad de expresión, de acuerdo, pero blasfemias no”, “no somos islamófobos”. Lugares comunes instalados por personalidades influyentes, como el papa Francisco, por ejemplo, que afirmó con relación al

atentado: “Es verdad que no se puede reaccionar violentamente, pero si un amigo dice una mala palabra de mi mamá, puede esperarse un puñetazo. ¡Es normal!”. “No se puede provocar —añadió—, no se puede insultar la fe de los demás. No se puede burlarse de la fe. No se puede”, insistió. Y agregó: “Tenemos la obligación de hablar abiertamente, de tener esta libertad, pero sin ofender”.

En el origen de cada drama, de cada tragedia, se pueden identificar *lugares comunes* abriéndose camino de a poco. Se trata de afirmaciones abusivas, mentiras que se instalan de manera impune como verdades y que dan una pátina de sofisticación a quienes simplemente no se atreven a enfrentar el peligro y terminan siendo cómplices por omisión. Como dice Riss en su libro *Un minuto y cuarenta y nueve segundos*: “Los colaboracionistas son los que se acomodan. Gente que se muestra defendiendo ideales de libertad y democracia, pero cuando el peligro llega y aparecen formas de totalitarismo, se acomodan. Quizás es una cuestión de supervivencia”.

Se escucha, por ejemplo: “No soy antisemita, soy antisionista”; “Clases hubo”; “El peronismo siempre acompañó a los derechos humanos”; “El muro de Berlín se cayó para los dos lados”; “Los problemas de Cuba los causa el bloqueo yanqui”. Podríamos llenar varias páginas con este tipo de afirmaciones que, para el que guarda aún cierto apego a hechos comprobables, son como mínimo una simplificación, pero que constituyen coartadas eficientes y letales contra la democracia, oxigenan dictaduras y regímenes totalitarios, violadores sistemáticos de derechos humanos.

Este libro se propone desmenuzar los lugares comunes más nocivos y extendidos. Para ello, recurrimos a la honestidad y la agudeza de Loris Zanatta, Cecilia Denot, Leonardo D’Espósito, Gabriela Saldaña, Quintín, Andrea Calamari y Gustavo Noriega, a quien agradezco

LEOPOLDO KULESZ

especialmente haber aceptado coordinar este trabajo. Está dirigido a lectores que se niegan a participar de la decadencia y están dispuestos a correr riesgos, porque pretenden seguir mirándose al espejo sin sentir vergüenza.

Leopoldo Kulesz

Junio de 2023

El populismo, una ideología de lugares comunes

Por Loris Zanatta¹

Los lugares comunes son expresiones de pereza mental, y la pereza mental es una fábrica de lugares comunes. Unidos, elevan lo cuestionable a dogma, el evento particular a ley general, lo complejo a simple. Toman la parte y la elevan al todo; a “lo que se ve”, prefieren “lo que se dice”. Condensados en fórmulas obvias y cautivadoras, van de boca en boca, de los bares llegan a las universidades y de las universidades vuelven a los bares. Hasta cuando la verdad a medias se impone como verdad absoluta, la necedad como buena idea, el *flatus vocis* como artículo de fe. Si así son y funcionan los lugares comunes, entonces de ellos están llenos los populismos, traducidos en consignas políticas, estribillos en las marchas, canciones de mítines. Certezas de granito, a su alrededor se forman las comunidades populistas, se calientan los corazones y las mentes de los devotos, se crean identidades indestructibles: el paso del lugar común a la ideología es

¹ Loris Zanatta es docente de Historia de América Latina en la Universidad de Bolonia, Italia, y director de la Maestría en Relaciones Internacionales Europa-América Latina de la misma universidad. Es autor de libros y artículos publicados en Europa y América Latina y comentarista en varios medios. Sus obras más recientes son *Fi-del Castro, el último rey católico* (2020) y *El populismo Jesuita* (2021).

corto, cómodo, espontáneo. Ya nadie preguntará a esa altura si el cliché populista está fundado o no; no se discute lo que es cierto *a priori*.

Para no proceder al azar, no saltar de lugar común en lugar común o responder a lugares comunes con otros lugares comunes, primero habrá que explicar de qué estamos hablando. No solo porque es un deber, sino también porque muchas veces se habla de populismo sin ton ni son. El populismo del que hablo es, con Cas Mudde, “una ideología que considera a la sociedad dividida en dos grupos antagónicos y homogéneos, el ‘pueblo puro’ y la ‘élite corrupta’”. Esta ideología sostiene que la división entre ellos es “moral” y que “la política debe expresar la ‘voluntad general’ del pueblo”.² No es la única definición posible, quizás ni siquiera la mejor, pero viene al caso para alinear los principales lugares comunes populistas, aquellos que, encadenados entre sí, forman un “relato”, y con el relato, una “ideología”: la “pureza del pueblo”, la “corrupción de la élite”, la “moral del populismo”, la “democracia populista”. ¿Son reales? ¿Están bien fundamentados? ¿Es “puro” el pueblo populista? ¿Es su enemigo una “élite” inmoral? ¿Se opone su superioridad moral a la inmoralidad del capitalismo y del “neoliberalismo”? ¿Son los populismos democracias verdaderas y las democracias liberales “tiranías del dinero”? Estos son, por tomarlos por los cuernos, los clichés populistas por excelencia. Veámoslos.

“El amor es ciego”. El pueblo populista es “puro”

El “pueblo” es el príncipe de los lugares comunes populistas, el faro que ilumina a todos los demás. Los

² Cas Mudde, “The Populist Zeitgeist”, en *Government and Opposition*, vol. 39, núm. 4, 2014, pp. 541-563.

populistas lo mencionan antes y después de las comidas, lo evocan en cada recodo del camino, lo aman con un amor ilimitado e incondicional. “El amor es ciego”, dice un famoso cliché, ve lo que es lindo y no se entera de lo que es feo, del defecto hace virtud, fantasea e idealiza, hasta el agrio despertar, el día en que, caído el velo, la realidad aparece tal como es, aristas y redondeces. ¡No para el populismo! Su amor por el “pueblo” nunca baja, nunca afloja, no cede al desgaste del tiempo y el aburrimiento. Puede ser que más que una “realidad” ame una “idea”, que del “pueblo” hiciera, precisamente, un lugar común. De hecho, ¿cómo es, quién es el “pueblo”, qué hace de él populismo? ¡Hagamos que lo digan los populistas!

Que fuera el trópico, andá a saber, el sentimentalismo caribeño a explicar sus melosos excesos. El caso es que Hugo Chávez no se contenía: su pueblo era “amado”, era “sagrado”. ¿Él? Era el “corazón” del pueblo. ¡Cuántas virtudes tenía su pueblo, qué “fervoroso” era!³ Nunca como el cubano, “el pueblo más noble y sensible del mundo”. Así tronaba Fidel Castro, perentorio y competitivo. En su corazón, juró mil veces, “solo estaba él”.⁴ Juan D. Perón era más tanguero: del “pueblo argentino —dijo emocionado—, ¡llevo en mis oídos la más maravillosa música!”⁵ Música aprendida de memoria por Néstor Kirchner, verdadero “animal de pueblo” para su esposa Cristina, feliz de “estar” también en el “corazón del pueblo”.⁶ “Pueblo solidario”, sobra decir, “pueblo valiente”, rico en

³ Para las citas de Hugo Chávez, véase <<http://www.todochavez-en-laweb.gob.ve>>.

⁴ Para las citas de Fidel Castro, véase <www.cuba.cu>.

⁵ Para las citas de Juan Domingo Perón, véase <<https://www.jdperon.gov.ar>>.

⁶ Para las citas de Cristina Fernández de Kirchner, véase <<https://www.cfkargentina.com>>.

“honestidad” y “extraordinaria fraternidad”, se emociona Andrés Manuel López Obrador.⁷ ¿Podrá un pueblo así no tener siempre razón? ¿Podrá alguna vez equivocarse? Nunca, para Jorge Mario Bergoglio, para el populista medio.⁸ Cuánto corazón, ¿verdad? ¡Mucho amor! ¡Qué destello de clichés, qué triunfo de lugares comunes!

Tan “puro” es el pueblo populista, tan “mítico” que no puede ser sino “homogéneo”. “Madre solo hay una”, dice el cliché. Madre única de un pueblo Uno, de un pueblo que trasciende las personas como un organismo vivo sus órganos. La pluralidad rompe la unidad natural; la cacofonía, la sinfonía de la creación; la herejía, la fe común. ¡Por eso Dios envió a Eva Perón! Para salvar la “fe y esencia” del “pueblo”.⁹ Suma de cualidades, trenzado de virtudes, cuerpo vivo y quintaesencia del lugar común, el “pueblo” ama y odia, exulta y sufre, se excita y se deprime, muere y resucita. “Muerto” estaba el pueblo mexicano, antes de resucitar como “un colectivo Lázaro” con López Obrador, quien ha “recogido sus sentimientos”. ¿El Parlamento argentino aprueba la legalización del aborto? Es contra “el sentir del pueblo”, se alzan los obispos, que al parecer de ese “sentir” tienen el secreto.¹⁰ El “pueblo” es una orquesta que toca al unísono, una gran ola en un estadio, un público de fieles escuchando la homilía. Sin sospechar de estar reviviendo lugares comunes tan viejos como Platón, Castro disuelve a las personas, transitorias, en los pueblos, eternos: “Un solo pueblo” con “un solo rostro” donde “todos piensan lo mismo”, porque tienen

⁷ Para las citas de Andrés Manuel López Obrador, véase <<https://presidente.gob.mx>>.

⁸ Para las citas de Jorge M. Bergoglio, véase <<https://www.arzbaires.org.ar>>.

⁹ Norberto Galasso, *Padre Hernán Benítez. Yo fui el confesor de Eva Perón*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1999.

¹⁰ Mensaje del cardenal Mario Poli, 10 de enero de 2021, disponible en línea: <www.aciprensa.com>.

“la misma fe”. “Un haz”. Un haz como el de Mussolini, “el más homogéneo” jamás creado, a punto de lograr, con la “sangre del imperio” y el “trabajo fecundo”, la “unidad moral” que permitirá salvar “el alma de un pueblo”.¹¹ O el *volk* de Hitler, de pureza cristalina, “tanto en cuerpo como en alma”.¹² Y el de Stalin, “valiente y perspicaz” hasta el punto de “hacer milagros”.¹³ Y tantos otros pueblos esparcidos por el mundo, todos “modestos”, “sencillos”, “buenos”, pero capaces de grandes cosas, pueblos “pobres”, pero nobles, pueblos “nuevos” formados por “hombres nuevos”. Pueblos sagrados.

Sagrados pero mudos. Los pueblos populistas oyen, pero no hablan, alaban y no opinan, invocan y no piensan, asienten y no critican. Llenan las plazas en las que los balcones se alzan como púlpitos en las iglesias. ¿Qué quieren? ¿Qué piden? “Buen corazón”, ¿alguien tendrá que darles la voz! “Voz a los sin voz”, dice el lugar común. Y como el pueblo es Uno, Una será su voz, la voz del jefe, la voz de Dios: “Vox Populi, vox Dei”, ¿no? O también: *Ein volk, Ein Führer*. Ventrílocuo del pueblo, hablará el caudillo. En resumen: el pueblo populista habla a través de un líder que dice hablar por él. El líder descarga sobre el pueblo la responsabilidad por lo que hace y decide en nombre del pueblo. ¿No habrá truco? “Haré lo que el pueblo quiera”, juraba humildemente Eva Perón. Pero también, por el contrario, “el pueblo sigue a sus héroes”. Héroes para los que, aseguraba Castro, el pueblo “está dispuesto a morir”. Y a matar, por supuesto. Cristina Kirchner tomó a su vez “las banderas del pueblo”. ¿O el pueblo tomó las suyas? ¿Qué líder populista no pronunció una infinidad de veces

¹¹ Para las citas de Benito Mussolini, véase <www.mussolinibenito.net>.

¹² Para las citas de Adolf Hitler, véase <www.nomeeradio.ee>.

¹³ Para las citas de Iósif Stalin, véase J. V. Stalin Archive, disponible en línea: <www.marxist.org>.

esas fatídicas palabras? ¿Quién no cayó en la tentación de emborracharse con ese juego verbal? Quizá por eso a todos les encanta, cultos o iletrados, decir que se inspiran en Napoleón, que admiran a Alejandro Magno, que su modelo es Jesús. Lo que por definición es una “relación”, la relación entre gobernado y gobernante, el populismo lo transforma en “fusión”. Lo que en la historia es siempre informe e imperfecto, el “pueblo”, el populismo lo eleva a cuerpo místico. Por lo tanto, el pueblo del populismo no es unido por la razón, sino por la fe.

Si el “pueblo” es el lugar común populista por excelencia, entonces todo lo que el populismo ama y odia, desea y combate, sueña y teme es “del pueblo, por el pueblo, para el pueblo”. Y si el pueblo del populismo es tan “puro” y “homogéneo”, si es un organismo vivo en constante peligro de muerte, el fin supremo de su seguridad y felicidad justificará todos los medios, desde el abuso de poder hasta la violencia revolucionaria, desde la demagogia más desenfrenada hasta la mentira más desvergonzada, desde la censura hasta el genocidio. ¿Por qué no, si el populista se considera investido de una misión providencial en su nombre? ¿Si tiene que “liberarlo”, “redimirlo”, “salvarlo”? Su horizonte no es parcial, sino absoluto, y su pueblo no es “un” pueblo, sino “el” pueblo.

Como lugar común, el “pueblo” se encuentra entre los más fuertes y sutiles, flexibles y penetrantes. Invocarlo hincha los pechos y calienta los corazones, hace sentir comprendidos y protegidos. Así funcionan los lugares comunes: la prosaica realidad se erige en ellos como “mito”, y los “mitos” no son poderosos porque sean verdaderos, sino por la necesidad que satisfacen en quienes creen en ellos. Entonces, ¿existe el pueblo? ¿Por supuesto! Pero ¿de verdad el pueblo es tan virtuoso, tan homogéneo? ¿Es el populismo el “gobierno del pueblo”? A veces sí, a veces no, depende; no es ninguna ley. En un sentido

práctico, ya señaló Karl Popper y lo repitieron muchos: ningún pueblo se gobierna nunca a sí mismo, siempre gobierna a través de otro.¹⁴ La retórica populista es eso: retórica. Tampoco existe en la naturaleza un pueblo tan homogéneo como para expresarse por boca de un solista: es una manera de decir, una metáfora. Donde esto sucede, como ocurre en la historia de los populismos, es porque el pueblo se ha convertido en “masa inerte”, ha abandonado la “sociedad abierta” para volver al estado tribal y a la autoridad mágica del chamán. O porque su homogeneidad, siempre relativa, se logró erradicando a la fuerza la heterogeneidad: a través de la coerción y la represión, la violencia y la intimidación, el ostracismo y la marginación. Se necesita poco para que un “pueblo heroico” se convierta en “pueblo vil” y un pueblo “puro”, en pueblo “malvado”.

Aún menos es necesario para que el pueblo bueno y sagrado para unos se vuelva opresivo y despiadado hacia otros. “Pueblo” es también el que denuncia al hereje a la Inquisición y al judío a la Gestapo, quien entrega al vecino a la Stasi o a la guillotina. ¿No era pueblo el pueblo que aplaudía al Duce mientras declaraba la guerra, el que ovacionaba a Perón cuando amenazaba con matar a cinco por cada uno de los suyos? ¿Quién festeja sino el “pueblo” las “conquistas” de Putin y las violencias de Ortega o Maduro? Es el “pueblo irredento” que persigue a la disidencia, el “pueblo enardecido” que encabeza los “actos de repudio”, el “pueblo cómplice” para el cual “la mafia no existe”. El pueblo que ama es también el pueblo que odia, el pueblo Uno es también el pueblo que aplasta al Otro. El pueblo del populismo no es el pueblo que impone límites a los abusos de la tiranía, sino el pueblo en cuyo nombre la tiranía los justifica. Y amar al pueblo es

¹⁴Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Madrid, Paidós, 2010.

un poco como amar a “todos” para no amar a “alguien”. Ningún lugar común es más bello que el “pueblo”, ni menos inofensivo.

“Quien no te ama no te merece”. El pueblo es víctima de la “élite corrupta”

Para el populismo, no hay “pueblo puro” sin “élite corrupta” que amenace su pureza. Y tan bueno y amoroso es el primero como la segunda es páfida e insensible. ¡Cuántos enemigos tiene el pueblo populista! Cada enemigo su estereotipo, su lugar común. Aunque, si se le hace caso, siempre es el mismo. ¿Cuál es la diferencia entre el “gusano” de Fidel Castro, el “escuálido” de Hugo Chávez, el “fifi” de López Obrador, el “gorila” antiperonista, la “contrera” antisandinistas? ¿Qué distingue a la “oligarquía” de Juan Perón de los “chetos” de Cristina Kirchner? ¿El “comunista” que obsesiona a Jair Bolsonaro del “fascista” que Nicolás Maduro ve por todas partes?¹⁵ No hay pueblo populista que no animalice al enemigo, que no deshumanice a una minoría, condición necesaria para eliminarla. La “inclusión” del “pueblo” implica la “exclusión” de una “élite” señalada como causa de su sufrimiento. ¿Qué “élite”?

La culpa de la “élite” es no ser “como el pueblo”. Si el pueblo populista es “humilde”, ella será “arrogante”; si es “pobre”, será “rica”. La “élite” contra la que arremete el populismo es, en general, una “élite del conocimiento” o una “élite del dinero”, una “élite ilustrada” y alejada del “trabajo material”. Un grupo culto, en fin, una minoría acomodada, a menudo dedicada al comercio

¹⁵ Para las citas de Jair Bolsonaro, véase <<https://www.gov.br>>; para las de Nicolás Maduro, véase <<https://mppre.gob.ve>>.